

lógicas al sentimiento de filiación (emancipación, teología feminista...), aspectos que no ignora, por ejemplo, una obra tan general como el *Catecismo de la Iglesia Católica*, y cuyos ecos se detectan a veces en las citas de Juan Pablo II aducidas.

Un vistazo al esquema nos confirma el puesto fundamental de la filiación divina en el conjunto de la experiencia espiritual cristiana. La primera parte describe la condición cristiana bajo el título «Ser hijos de Dios», y tras unas nociones antropológicas adopta un esquema trinitario (somos hijos de Dios, en Cristo, por el Espíritu Santo), completado con las necesarias referencias mariana y eclesial. En la segunda parte se estudia el obrar consiguiente a aquel ser, recorriéndose capítulos centrales de la ascética como: la unidad de vida, la libertad cristiana, el trabajo, la oración, el apostolado, el dolor y la conversión de los hijos de Dios. En todos ellos hacen gala los autores de tino y sentido práctico. Sorprende la brusquedad del final: el libro termina sin conclusiones ni recapitulaciones. Quizá en próximas ediciones pueda coronarse mejor un esfuerzo tan fructífero.

Hay que felicitar a ediciones Palabra con el cuidado en los aspectos formales. La sustitución de la cursiva (que matiza) por la negrita (que destaca), resulta discutible. En cuanto al estilo, no es el clásico de los libros de devoción: parece algo escueto. Ello permite una notable claridad, no obstante la multiplicidad de cuestiones abordadas. Pero subsiste la dificultad intrínseca de los libros de citas para seguir bien el *iter idearum*. En este sentido, prodigar un poco más las partículas de unión al redactar, hubiera aclarado mejor la ilación de afirmaciones. En cualquier caso, sólo una ulterior profundización teológica en el mensaje del beato Josemaría permitirá establecer la hermenéutica necesaria para esa labor de síntesis. Tarea que no se emprendería si

no hubiera personas que viven ese mensaje y libros, como el presente, que lo divulgan y explicitan con eficacia.

J. L. Hervás

## PASTORAL Y CATEQUESIS

**Cristoph SCHÖNBORN**, *Au coeur de notre foi. Le Credo*, Éditions Saint-Paul, Versailles Cedex 1995, 164 pp. 12,5 x 19

Christoph Schönborn, Secretario del Comité de redacción del *Catecismo de la Iglesia Católica* y arzobispo de Viena, publicó en 1994 un comentario a la primera parte del *Catecismo*. Después de un notable éxito de esta obra en Austria, las ediciones Saint Paul publican una traducción francesa.

Cada uno de los breves capítulos del libro; publicados separadamente a lo largo de 52 semanas en el boletín diocesano de la Iglesia de Viena, destaca e ilumina un punto importante de la fe siguiendo el orden de los artículos del Credo.

Como expresa el autor en el prólogo, su intención consiste en ofrecer una guía de lectura para el estudio personal o en grupo del *Catecismo*. La clave para una lectura comprensiva del *Catecismo* estriba, según el autor, en no perder de vista el entramado de la fe, cuyo corazón es Cristo. Cristo —recuerda el autor— debe ser por tanto el centro de la catequesis.

Dado que se trata de una exposición de carácter catequético de las verdades de fe, Schönborn apunta al fin propio de la catequesis: llevar a los hombres a la comunión con Jesucristo. A través de sus reflexiones pretende conducir al lector a una «fe más confiada y a un amor más ardiente al Corazón de Jesús» de donde, por así decir, brotan las verdades de la fe (cfr. p. 8).

El carácter pastoral de la exposición de Schönborn se pone también de manifiesto en que argumenta desde la fe los datos de la experiencia, afrontando posibles problemas o dudas que pudieran surgir de la confrontación de determinadas realidades con las verdades de la fe. Así, al explicar las propiedades de la Iglesia aborda la división confesional de los cristianos (cfr. p. 114); al plantear la Iglesia como único camino de salvación se pregunta ¿acaso no son todas las religiones un camino hacia Dios? (cfr. p. 121); si Dios es Todopoderoso, ¿por qué no impide el inmenso sufrimiento que hay sobre la tierra? (cfr. p. 43); etc.

El lenguaje claro y limpio del autor se une a una concisión de pensamiento excepcional, que penetra sin rodeos el núcleo —corazón— de una determinada verdad de fe, explicitando su sentido a partir de fuentes bíblicas, patrísticas, litúrgicas y del testimonio de los santos, siguiendo en este sentido el estilo del *Catecismo*. Lógicamente los enfoques teológicos son también deudores del *Catecismo*, y por tanto del Concilio Vaticano II, como señala repetidas veces el autor. La estructura externa denota la relación con esos planteamientos: se dedican 6 capítulos a cuestiones antropológicas, 11 a la naturaleza de la Iglesia y a las diversas posiciones eclesiológicas —la jerarquía, los laicos, la vida consagrada—, y 6 a diversas cuestiones de escatología.

Buen conocedor del *Catecismo de la Iglesia Católica*, el autor engarza en una síntesis personal puntos claves del texto universal relacionados con una determinada verdad de fe. La precisión de esas referencias insertadas en un claro esquema expositivo puede resultar de gran utilidad para los catequistas, y para introducir o profundizar en la lectura del *Catecismo*.

M. Martorell

**Bruno FORTE**, *Breve introducción a la fe*, ed. San Pablo, Madrid 1994, 124 pp., 12,5 x 20

Este escrito del teólogo italiano viene concebido como una serie de meditaciones sobre el Símbolo apostólico, que sirvan a la vez de presentación sencilla y sintética de la fe tanto a creyentes como no creyentes. Se desarrolla según los artículos del Símbolo, ofreciendo un conciso comentario teológico-espiritual.

Se inscribe, pues, en un género clásico en la liturgia cristiana, desde los primeros tiempos patrísticos, pasando por el comentario de Santo Tomás al Símbolo hasta llegar a nuestro siglo, en el que también se ha cultivado, bien —a partir de ella— la ilustración de la existencia cristiana a partir de la fe. Supone, en realidad un desafío notable, pues la entera teología cristiana consiste precisamente en un gran «comentario», bajo determinadas condiciones sistemáticas y metodológicas, al Símbolo Apostólico.

Estos escritos siempre tienen mucho, lógicamente, de confesión personal de fe, como sucede en las consideraciones que ahora presenta Forte: «Nacidas del encuentro con el Dios viviente en la comunidad de la alianza, que es la Iglesia, desearían servir de introducción a la alegría de este encuentro que cambia la vida» (p. 5). Es sabida, de otra parte, la importancia que Forte confiere a la dimensión espiritual de toda reflexión teológica, anclada en el misterio de la autorrevelación del Dios trinitario en la historia, hecha operante en el corazón del hombre por el Don del Espíritu.

De ahí que sus comentarios, surgidos de una profunda experiencia interior, intentan mostrar lo que el A. dice desde las primeras páginas: en el Símbolo que confesamos se trata de «hablar de Dios relatando su amor», hablar de Dios par-